

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1957

Núm. 1056

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

Jesús y la Samaritana

(Conclusión)

Estampas bíblicas

EN efecto, un noble anciano canoso, de luenga barba, llegaba en aquel momento. Era Eliezer, tío de Sárai; padre de los cinco jóvenes, que con ésta desposaran.

—Saphán, bien venido seas, hijo mío, a la comarca. ¡Puede tal vez tu regreso devolver la paz a Sárai! continuó el viejo afligido; hace más de una semana que no cesa de llorar.

—¿Sin duda sabréis la causa de tan profundo pesar?

Tomando asiento con calma al lado de su sobrina, responde: Esta pena amarga, será la alegría de muchos; la mía también no esperada. El terror de muerte próxima sobrecojía mi ánimo, y en un mar de crueles dudas y de obscuridad flotaba; pero vislumbré horizontes en más plácidas moradas que me consuelan y animan, pues tengo fé y esperanza. Saphán, a lo que voy a decirte, ruego escuches mis palabras.

—Apareció entre nosotros un Hombre; nos enseñaba la sabiduría infinita. Aquella divina gracia afluyó de sus labios llegando a los que escuchaban, como cae sobre la tierra el rocío de la mañana. Se levantó de repente ante mí, fiel esperanza de otra vida en el sepulcro; no todo en este se acaba. La vejez, hijo querido, para mí ya no es desgracia, el ocaso es de la vida, de la muerte es la antesala; camino áspero y duro donde se templan las almas en busca de la Verdad por un rayo iluminada, del porvenir que conduce a la bienaventuranza.

—¿Qué tiempo estuvo en Sichém el extranjero de que hablas?

—Dos días solo entre nosotros, y su divina palabra penetraba el corazón, germinando en nuestras almas; que es el Salvador del mundo nos enseñan sus parábolas.

—¡Saphán! ... el Señor me dijo que te llamase. ¡Sordo no te hagas a su persuasiva voz!

—Esa voz por la que llamas, no ha llegado a mis oídos; no me convence ni ablanda!

—Jerusalén fué tu cuna; siendo de

nación judaica, ¿no te dejarás llevar por el Mesías, que te llama cuando nosotros, malditos por tu pueblo, como parias, nos pudimos levantar de nuestra abyección malsana para seguir sus doctrinas de perdón, de amor, tan santas?

Inquieto el hebreo, indeciso, a estas preguntas callaba; pero de pronto, cambiando su actitud preocupada, para hacer que vacilase la joven Samaritana en sus firmes convicciones, repuso: —¡Oyeme, Sárai! El día que resuelva yo someterme a esa anunciada nueva ley o tan siquiera acatar la ley hebraica, la de mis progenitores, muy severa, precisará que renunciase a tu amor, que yo volviese a la casa de mi padre y le dijera: «Regreso de mis andanzas; vengo a tí, dame la esposa que me tienes destinada».

—Lo sé, Saphán, ¡ay de mí! ... Es el final que aguarda; y cubrieron su semblante acongojado, las lágrimas.— Harto sé habrán de romperse nuestros lazos. Quebrantada la amistad que nos unía ... La felicidad soñada tú hallarás, ¿por qué dudarla? Yo en cambio me veré aislada, sola con mi triste suerte ... En Dios puesta mi confianza, no me faltará valor; el Señor que ve mi alma, se apiadará de su sierva que arrepentida se halla.

—No, Sárai, exclamó Saphán; son ideas muy elevadas para tu espíritu débil, déjalas; tus penas calma. La vida es corta, insegura, preciso es emplearla según nuestro corazón y nuestro deseo demandan. Adiós por hoy, hasta pronto; haz que tu rostro mañana resplandezca cual la aurora, y nuestra dicha renazca!

Varios días han transcurrido sin verse Saphán y Sárai. Esta pasaba las noches pidiendo a Dios se apiadara de su infortunio y flaqueza. Y Saphán errante andaba por el campo, en los lugares donde pudiera encontrarla. Más, cansado ya su cuerpo de buscar lo que no hallaba, y conturbado su espíritu porque el sosiego le falta, a Sichém ya se encamina por ver la Samaritana.

—¡Saphán ... dice con voz trémula:

Dios solo es quien nos separa, y acato su voluntad. Siempre ha sido desgraciada mi vida, pues cinco hermanos quisieron ver enlazada su suerte a la mía, uno tras otro, según costumbre de raza; el hermano con la viuda del otro su hermano, para que le diera sucesores. De muerte, ¡imprevista y trágica! todos cinco perecieron a poco de ser casada: por fuego del cielo el uno, otro en medio de las aguas, los otros en la última guerra ... Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Franuel mi último esposo me dejara, murió también en mis brazos ... ¿Quién lo creyera y pensara? Tantos dolores seguidos no han fatigado mi alma, y cuando Eliezer (a quien los mismos judíos llamaban el justo samaritano, por su bondad bien probada), te trajo a nuestra vivienda malherido, hecho una lástima, voló hacia tí toda entera, sin remediarlo, mi alma, y antes que te fueras, tuve la debilidad infausta de anunciarte mi ternura; y sabiendo que no agrada jamás a tus compatriotas una mujer de Samaria, conseguí la dicha o el arte de lograr que tú me amaras...

—Detúvose aquí la joven; el llanto la sofocaba.

—¡Bueno! ... Saphán exclamó: ¡Si el amarse fué una falta, en nosotros no la admito! No puedo aunque me dejas, arrepentirme de amarte. ¿Tú ya no me amas, Sárai? —Te amo, sí, y me arrepiento, Saphán ... No estoy trastornada. ¡Oh, si pronto conocieses el don de Dios, que te llama!

—¿Cuál es ese don de Dios que destroza a quienes se aman?

—Es el de amarle ante todo, sobre toda cosa humana, es aguardar su Reinado, y esperar su Ley sagrada. Es, en fin Saphán, llorar por las cometidas faltas de nuestra culpable vida, y arrancarse las entrañas antes que más ofenderle en sucesivas jornadas.

III

Sárai, al joven hebreo, con fé ardiente así se expresa: — Quiero pedirte una gracia, y espero me la concedas; Eliezer, tú y yo, vamos camino de Galilea hasta encontrar al Mesías que se halla en aquella tierra. El te ha llamado Saphán, y aunque eficacia perdieran sus palabras que han pasado por los labios de esta sierva, una infeliz pecadora cual soy, esa voz eterna entrando en los corazones que sumisos

le veneran, también conmoverá el tuyo si en tus oídos resuena. No titubees; partamos mañana cuando amanezca.

Saphán muéstrase dudoso; no obstante a Sárái contesta: —Consiento en ir, si prometes que al hallarnos ya devuelta no me echarás de tu lado....

Ella esquivó la respuesta.

—Partamos de todos modos, hijos míos, enhorabuena; fué Eliezer quien intervino evitando una polémica. Después del feliz regreso, haremos conforme sea la Voluntad mediadora de Aquél que en su mano diestra acoge los corazones, los bendice y los consuela. —Y Saphán se ha despedido de entrambos, junto a la puerta.

Salió la plácida aurora, luce el sol faz mañanera; Eliezer, Saphán y Sárái en un carro de dos yeguas, holgadamente sentados, siguen las mismas aldeas que había andado el Hombre-Dios; y en todas partes encuentran gentes paradas en grupos y que pasadas conversan sobre tantas maravillas que han presenciado y presenciaban. Llegaron a un pueblecillo cercano de Galilea, que había dejado el Mesías la víspera; aún se muestra conmovido el vecindario cada vez que se recuerdan los milagros portentosos que el Salvador allí hiciera. Al hijo de un centurión le sana; la ciencia médica desahuciádolo había de una incurable dolencia, y muchos pobres enfermos e impedidos recuperan la salud perdida, o bien de sus pecados liberta a otros más, arrepentidos, o han visto estotros devuelta la santa paz a sus almas; esa paz bendita, excelsa, que de Dios viene y conforta, y su bienestar nos deja. Todos cantan, ensalzando agradecidos, al Profeta.

Tras varios días de marcha entre montes y entre breñas, se hallaron al pie del lago de Tiberiades. Acuerdan detenerse allí poseídos de admiración y sorpresa al ver aquellos lugares tan hermosos, que eligiera la voluntad de Dios Padre para que inundados fueran por la palabra divina de Dios Hijo acá en la tierra.

Deslizábase la tarde; tranquilas ondas reflejan el puro azul de los cielos; un silencio augusto reina; todo, en apacible calma, solo amortiguados llegan, los ecos que procedían de una voz.... ¡Bendita sea!... Era una voz que anunciaba al mundo la buena nueva. La ha reconocido Sárái, y toda su sangre inquieta afluyó a su corazón, dejó su alma suspensa.

Aquellos dulces acentos melodiosos, que embelesan, acogidos por la brisa de una tarde placentera, y desde la mar llegados, a Saphán, en apariencia hasta entonces insensible a cuanto se le dijera, le turbaron; procuraba indagar su procedencia, de hacia que lugar venían. Y divisó entre las peñas y el lago, un inmenso gentío y una fragil barquichuela que inmóvil sobre las olas transparentes y serenas, sostenía al que así hablaba; y las aguas mansas, besan la barquilla suavemente; los juncos de la ribera, ya floridos, dóblanse amorosos con gentileza; y todo ruido enmudece para oír la voz eterna,

Y esa voz que bendice, que en el corazón penetra de cada oyente, se hacía oír siempre cual en éxtasis. Y se conmovían las almas como la naturaleza.

Saphán solamente escucha; ya no habla, ya no piensa; se siente como oprimido, y su pecho es una hoguera. De pronto, saltó del carro con agilidad extrema, y dijo a Eliezer y a Sárái: —Aguardad aquí mi vuelta, pues quiero llegar hasta EL; sus palabras mi guía sean.

—¡Vete, Saphán! Tú, si logras en tu alma recogerlas, no volverás; marcha; corre, pero jamás retrocedas.

—Vé a su encuentro, pues te llama, y tu corazón comprenda lo que escuchan tus oídos. Por tí, Sárái a Dios ruega. —Y entre el inmenso gentío, Saphán presuroso aléjase.

El carro se acomodó a la sombra que proyecta el monte, y la voz augusta hasta los viajeros llega. —Escuchemos padre mío, dijo Sárái con ternura; hagamos que sus palabras en nuestro espíritu prendan, lo nutran, como el maná alimentó en otra época al pueblo israelita en el desierto.

Ahora se expresa con afecto persuasivo para toda inteligencia. Y aquella voz repetía: «Yo he venido a echar la siembra a todos los pecadores, no a los que de penitencia no precisan. Venido he a salvar con mi clemencia a judíos y a gentiles, no haya entre ellos diferencias».

En muda adoración todos, e inclinada la cabeza, bendicen al padre Eterno,

Y en los Cielos y en la tierra, «¡Gloria a Dios en las alturas!».... todos los seres confiesan.

Mientras, el sol se ocultaba detrás de las cordilleras. La voz de Cristo cesó, la multitud se dispersa feliz, llevando consigo como un sello de promesa, las palabras de salud que difundirse debieran por el universo entero, de una esfera a otra esfera.

Saphán aún no parecía. Sárái y Eliezer se inquietan. ¿Qué se habrá hecho de él? Pasan las horas enteras, la noche avanza calmosa, ¡y aquél que aguardan no llega!

El joven hebreo se quedara sentado sobre una piedra, sólo, a la orilla del lago. Su frente de sudor llena, bruñida está por la luna; las aguas del lago se encrespan, y a impulsos del huracán abátese la arboleda, Pero ni el silbar del viento que el follaje zarandea, ni aún el rumor de las olas que no muy lejos resuena, nada llega a sus oídos; pues su alma toda entera se halla sumida en Aquél a quien hace poco oyera. Así transcurre la noche, y la tempestad arrecia. Eliezer y Sárái inquietos por tan prolongada ausencia, deciden bajar del carro y ver si a Saphán encuentran, caminando a la aventura por la soledad aquella. Al fin logran descubrirlo, y le hallan con la cabeza entre sus manos oculta; y en tal abismo de ideas, que varias veces le llaman sin conseguirles oyerla. Cuando los vió junto así, se levanta, a ellos se acerca, y arrojándose a sus pies les habla desta manera:

—Perdón, Sárái... Perdóname. Por una pasión quimérica, tu juventud he llevado sin la menor condolencia hasta el borde del abismo de una aberración intensa.

Perdona aún más el haberte resistido en mi soberbia, cuando venías tú a llamarme a las verdades eternas que he tardado en conocer. Tu alma bondadosa y tierna, mejor que la mía, ha comprendido bien los misterios que encierran de amor y de mansedumbre las doctrinas de indulgencia del Salvador. Fuí a su encuentro movido por la impaciencia. Le ví; su dulce mirada de amor y perdón, consuela. Le escuché; voz persuasiva que hasta el corazón penetra. Doliente y arrepentido, mi alma fragil a El se entrega. No más te nombraré amada. ¡Adios, Sárái! ¡Bendita seas! Algún día ya nos veremos en las maradas eternas, pues hoy te dejo contrito, para seguir la suprema voluntad del Galileo que me llama y que me espera.

—Y el Señor te acogerá bendiciéndote su diestra. — Eliezer dijo al hebreo, a quien con sus manos trémulas igualmente le bendice, y entre sus brazos le estrecha.

Sárái llora de alegría mezclada con su tristeza; pero el gozo es elevado y a todo dolor supera; por eso exclama ferviente: —Dios mío, bendito seais, pues aquél a quien llamásteis os respondió sin reservas. Yo os quedo agradecida a tanta magnificencia,

Y terminó confiada la Samaritana sierval —¡Saphán!.... ¡Adios!... El te guíe, te bendiga y te proteja.

Y los dos se separaron sin señales de flaqueza, despidiéndose hasta el Cielo que es divina Providencia, y allí esperan encontrarse gozando la vida eterna.

«¡Gloria a Dios en las alturas de los Cielos; y en la tierra la paz reine entre los hombres de voluntad siempre buena!»

Por la adaptación:

Moisés García Fernández

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—Dijo Jesús: El reino de Dios es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo....

Y la parábola del sembrador, una vez más, llega a nosotros en estos días en los comentarios del Evangelio como una llamada de atención a la buena siembra de la palabra de Dios.

¡Cristianos! ¡Hombres de buena voluntad! Escuchad la palabra de Dios. Siempre igual, pero siempre de actualidad. Parece haber hablado para todas las épocas, para todas las generaciones. La gran sencillez de sus palabras, de sus parábolas, no necesitan explicación alguna, son claras, terminantes, sin que den lugar a interpretaciones equívocas.

Repetidamente escuchamos la palabra de Dios por boca de sus sacerdotes, nos leen el Evangelio, y llega a nosotros como un bálsamo de amor, de serena verdad, en medio de este mundo lleno de malicia y de interpretaciones torcidas.

Sus palabras, como buena semilla, crecen entre cizaña, pero crecen y se distinguen. El vendrá y sabrá seleccionar la buena semilla germinada y la cizaña maldita.

Vosotros, quienes tenéis la obligación sagrada de sembrar, no os preocupéis del fruto de vuestra semilla. Sembrad, sembrad, que en pos vuestro viene el segador y recogerá también buen fruto. No la veis, pero sí existe en vuestro derredor.

Hombres de fé, que lleváis a Dios en la boca y el corazón. Ajustar vuestra conducta y vuestras palabras a la fé que tenéis en vosotros. También podéis predicar, sembrar vuestro camino de semilla buena y fértil, pero vuestra siembra tiene que ir acompañada de un ejemplo digno de vuestra fé. Si no lo hacéis así, cuidado con el pecado de escándalo.

En vuestras conversaciones, caridad, en vuestros actos, amor y caridad, de vuestra vida, la permanencia constante en vuestra fé.

Rodead vuestros actos de religiosidad, como si fuera en vosotros natural esa manera de obrar. Que vean en vosotros una consecuencia de vuestra fé, y entonces, sí, forzosamente sin daros cuenta estéis sembrando buena semilla y tendrá que dar buen fruto. Pero no penséis en las consecuencias de esa manera de obrar, dejar a Dios que se ocupe del resultado de vuestra siembra. Haréis bien para vosotros y para los demás. Posiblemente, cuando El os llame a dar cuenta de vuestros actos y de vuestra vida, os encontraréis con que el ejemplo vuestro de fé religiosa, en todos vuestros actos, ha producido un fruto extraordinario que vosotros no conocíais. Vuestra alma se regocijará y Dios sabrá recompensar la práctica de vuestras virtudes.

Sembrad la caridad y el amor en el camino de vuestras vidas. Alguien viene detrás que os vé y recoge buen fruto,

Y que facil es ser sembrador de la palabra de Dios con el ejemplo. R.

Vida económica y orden moral

Este ha sido el tema central de la XXIX Semana Social Italiana, a la que Su Santidad hizo llegar, unos concretos pensamientos sobre tema tan interesante.

Reconoce el Papa que se ha llegado, de poco tiempo a esta parte, a una situación de menor tensión entre las diversas clases sociales, gracias a los eficaces movimientos surgidos últimamente en pro de un reajuste de las relaciones humanas en el ámbito de la empresa y con un punto de mira más elevado que el puramente económico.

Pero señala también que esa favorable evolución «es demasiado lenta, por cuanto las resistencias suscitadas por el egoísmo y por el individualismo son todavía extremadamente tenaces».

Sin duda, la mayor rémora para el pro-

Contrastes

El alma está entristecida
y si la risa brotara,
sería una mueca esa risa
que disimularía las náuseas
que dentro de sí se sienten
cuando es la cara una máscara,

Antifaz de la conciencia,
no se traslucirá nada
que no huela a orgía, devaneos,
atolondramientos, ansias
de aparentar alegrías
cuando es la cara una máscara,

Y, sin embargo quietudes,
tranquilidad en el alma.
risa por dentro y por fuera,
descanso y paz en la cama,
y felicidad se tiene
si es de ceniza la cara.

Solo buenas apariencias
cuando es la cara una máscara,
y realidades de dicha
si es de ceniza la cara.

Hermenegildo Rodríguez

greso de esas ansiadas relaciones humanas dentro del campo económico, que suponen una leal y real colaboración entre las varias clases sociales, está en la persistencia de una mentalidad, difícil de vencer en no pocos de los modernos hombres de negocios, que quiere una segregación total de la moral y de la economía, cuando no una subordinación de lo honesto a lo útil. Como si fuera concebible actividad humana que no tenga vertiente al campo de lo inmaterial, que apunte más o menos directamente al fuero interno en el que forzosamente han de entrecruzarse las vías fundamentales del ser y obrar del hombre en relación con su naturaleza y destino.

Pretender medir el campo económico solamente con cánones utilitarios sería reducir al hombre a mera máquina o a complemento de ésta. Pero el «homo economicus», concebido como mera conjunción de intereses y utilidades, si es posible en las disquisiciones teóricas de los especialistas y en la cuadrícula de sus coordenadas, resulta un absurdo en la práctica. Porque no basta la satisfacción de los imperativos económicos «para aplacar y sustituir las exigencias del espíritu que reclama su superioridad sobre la materia».

De ahí que pueda afirmarse categóricamente que es una exigencia tan ética como económica que el hombre disponga, dentro de una sociedad bien ordenada, de un mínimo de bienes materiales que le permita el ejercicio de la virtud. Es por aquí por donde aparece cómo no puede darse sana economía sin un escrupuloso respeto a la ley moral.

Leyes económicas y leyes morales han de confluir necesariamente en un punto insoslayable: la dignidad innata del hombre, que impedirá o deberá impedir cualquier fisura que permita al hombre de negocios desconocer los valores espirituales

de la persona, explotarla innoblemente, esclavizarla a la máquina o a las leyes de la producción.

(De la revista Ecclesia)

VEINTE PUNTOS DE LOS QUE MANDAN

1. Amor.— Lo primero que el que manda debe tener es amor a sus súbditos; cariño de deseo de hacerles bien. Si esto le falta, no puede ser buen superior.

2. Para bien de otros.—Persuádase de que ha sido hecho superior no para su propio bien o provecho, ni para lucimiento y estima, sino para el bien de sus súbditos. Y que gobernar es hacer bien a los demás, y no explotarlos o dominarlos.

3. Su puesto. Ha de ponerse en su puesto de superior y de primero, ni más ni menos. No suba más arriba por soberbia; ni baje más abajo por excesiva humildad. Vea lo que su cargo le señala, y póngase allí.

4. Nada de entrometidos.—No permita que nadie ocupe su puesto, ni siquiera que se osocie. Cuando en una comunidad se entromete a ser superior uno que no lo es, pronto entra el descontento, la murmuración, la desobediencia. Y el superior pierde toda su autoridad.

5. Oído atento.—En cambio tenga oído atento a todo lo que se dice en la comunidad. Sin espías, que nunca debe haberlos (y es mejor ignorar algunas cosas que andar espiando), fijese en todo lo que se habla y aun adivine todo lo que se piensa. Para ello consulte sinceramente, observe atentamente, deduzca ingeniosamente, escuche pacientemente, indague noblemente, y, si puede, sepa todo lo que pasa, para bien de todos.

6. Mande lo que puede mandar.—Ha de saber lo que tiene que mandar. Cada superior tiene también su código de las cosas para que tiene autoridad. Si el súbdito debe saber las cosas en que tiene obligación de obedecer, mucho más debe saber el superior las cosas en que tiene autoridad y puede mandar, para no extralimitarse, figurándose que, por ser superior en unas cosas, puede mandar en otras o en todas.

7. Moderado en el exigir.—Ya que haya de exigir todo lo necesario para gobernar bien, exija en general todo lo que deba, pero algo menos de lo que pueda exigir. No sea demasiado condescendiente, pero séalo algo sin perjuicio.

8. Generoso en el conceder.—En cambio sea generoso en el conceder, y dentro de los límites de la ley y de los reglamentos, conceda todo lo que pueda conceder generosamente.

9. Mande lo que debe mandar.—Por nada deje de mandar lo que es necesario mandar. Para eso le han puesto: para mandar la ley y los reglamentos. Así como no ha de extralimitarse mandando lo que no pueda mandar, tampoco ha de extralimitarse mandando menos de lo que debe mandar.

10. Alegría.—Procure alegría a toda su comunidad, dentro siempre de la observancia. El mejor resorte para regir una

comunidad, es establecer en ella una corriente legítima de alegría, de contentamiento, de satisfacción general.

11. Bondad.—Tenga siempre bondad y buenas formas. Siempre que mande, bondad. Cuando mande algo duro, doble bondad, cuando tenga que reprender, triple bondad. Cuando tenga que castigar, cuádruple bondad. Pero con toda su bondad, no deje de mandar. ni de reprender, ni de castigar cuando, mirándolo todo, se deba.

12. Hacer que quieran.—Tenga presente que gobernar a hombres no es gobernar a animales. Gobernar a animales podrá ser hacer que éstos hagan una cosa. Gobernar a hombres es hacer que quieran. No basta hacer que hagan queriendo o sin querer, sino que es menester que hagan queriendo hacerlo.

13. Ejemplo.—Es necesario que dé ejemplo. El primero que ha de obedecer a sus propias leyes es el superior. Porque es cierto que los superiores tienen también su código y sus superiores; por lo menos Dios y el derecho natural y divino. Y regularmente otros muchos superiores, además de esos. Dé él ejemplo de obediencia y virtud, y entonces podrá exigir obediencia y virtud.

14. Imparcialidad.—Líbrele Dios de guardar diferencias y contemplaciones; antes sea sinceramente imparcial, ni tenga

sus preferidos o mimados. Si alguna vez guarda preferencias, que sea con razones válidas, y conocidas, y reconocidas por los demás, dispuesto a guardarlas con todos cuando tenga iguales razones.

15. Don de interpretar bien.—Tenga el don de interpretar bien todo lo de sus súbditos, y de echarlo a buena parte, y de oír las excusas, y de admitirlas cuando se pueda; en una palabra, de salvar al prójimo siempre que sea posible, sin incurrir en tontería.

16. Nada de castigos inmerecidos.—Más vale equivocarse dos veces en no castigar, ni reprender lo que lo merezca, que equivocarse una vez en castigar lo que no lo merezca. Esto no se puede olvidar.

17. No usad imperativo.—Para gobernar no use usted el imperativo: «No hará usted esto en adelante...» «no vuelva usted a hacer esto...»: y mucho menos el modo exagerativo, como diciendo: «¡cuidado con que vuelva usted a hacer esto!, ¡como vuelva usted a hacer esto!...», ¡de ninguna manera le tolero a usted que haga esto!... y otras formas más encarecidas y voluminosas.

18. Piensen que les quieres.—Arreglese el superior de tal modo que cada uno piense que es muy querido del superior. Y si todos y cada uno piensan que él es el más querido que el superior, mejor.

19. Interés por todo lo de todos.—Muestre en todas las ocasiones interés por todas las cosas de todos: por su salud, por sus ocupaciones, por su familia, por sus éxitos, por sus desgracias, por sus cumpleaños, por sus aficiones, por todo lo de todos, grande o pequeño. Muchas veces

es grande para algunos, lo que para otros es despreciable, y se aprecia más una atención cariñosa que un gran favor.

20. Algo saldrá mal.—Por mucho que te esmeres y afanes, algo te saldrá mal. Unas veces por tu culpa, otras por culpa del género humano... A veces no habrá salido mal; pero lo interpretarán mal. No te apures. No te abatas. Humíllate. Examina el caso y lo que tú hayas faltado. Remedia lo que tenga remedio. Confortate con lo que no tiene remedio. Anota la causa del mal.

Sursum corda.—Levanta el corazón a Dios con mucha frecuencia. Para pedir luz. Para consultar con Dios. Para dar gracias. Para encomendar a los súbditos. Para pedir que les caigas en gracia. Siempre; pero más en las ocasiones y trances difíciles. Y ten presente que es mucho más fácil ser súbdito que ser superior; que siendo superior se olvida uno fácilmente de lo que es ser súbdito. Y que sólo es buen superior el que sabe ponerse en lugar del súbdito, y mirarse y verse a sí como le miran y ven sus súbditos.

R., S. J.

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Orbués

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)